



**¡BANG, BANG,
ESTÁS MUERTO!
(III)**

EDICIÓN DE MONCHO ALPUENTE Y LUIS CONDE

La novela policiaca de quiosco ocupó toda una época de la cultura popular de la larga posguerra española, al menos entre los años cuarenta y sesenta del siglo XX. Revisar algo de lo mucho que se publicó en esas décadas permite comprender la sensibilidad de esos años y por dónde iba el imaginario popular, su desiderátum y sus fantasías.

En esta antología se han reunido títulos con la pretensión de abarcar las diversas tendencias y generaciones de escritores que fueron muy populares y que mantuvieron la afición de millones de lectores. No están todos los que fueron, pero sí son algunos de los más estimados y que perduran en el imaginario colectivo. De su calidad y atractivo literario hablan sus textos y así lo podrán comprobar quienes vuelvan a leerlos.

ÍNDICE

Nota a la edición

Pistola de alquiler

Capítulo primero

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Flores en tu funeral

Capítulo primero

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

¡Señores del jurado!

Capítulo primero

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Un crimen y... mucha imaginación

Capítulo primero

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Epílogo

NOTA A LA EDICIÓN

La presente obra es el tercer volumen de los cuatro que conforman la antología de novelas policiacas de quiosco que publicamos. Incluye cuatro de los títulos más representativos que han sido seleccionados por sus editores, Moncho Alpuente y Luis Conde. En los otros tres volúmenes, el lector encontrará, además de las presentaciones de dichos editores y de Manuel Blanco Chivite, nuevos relatos así como entrevistas realizadas a algunos de sus autores.

PISTOLA DE ALQUILER

MARK HALLORAN
(1960)

Halloran (Jorge Gubern) traslada la trepidante acción de su *thriller* a Río Caimán, donde un mercenario duro pero sentimental defenderá los intereses de una honrada propietaria de minas de diamantes frente a la codicia de sus malvados competidores. Johnny Roberts se llevará el gato al agua, y a la gentil empresaria, María Casablanca, al tálamo después de haber rechazado compartir con ella su fortuna: «... No soy un financiero. Sólo soy una pistola de alquiler».

CAPÍTULO PRIMERO

Por la ventana se veía el muelle.

El curso del río era allí ancho y manso, con el agua de color entre gris y pardo, caliente como la sangre. A lo largo de la ribera se alzaban los rótulos rojos con letras blancas: CEPESA. El nombre se repetía docenas de veces: CEPESA. Aparecía en los tinglados del muelle, en los almacenes de la población, en los lugares más inesperados de las sucias calles o de los polvorientos caminos, en todas partes y constantemente: CEPESA.

El buque que se aproximaba corriente arriba hizo sonar su sirena e inició la maniobra para atracar. En el muelle aguardaba su llegada un grupo de personas, ociosas en su mayoría, y una flotilla de vehículos, entre ellos el microbús del hotel Tropical.

El microbús ostentaba en sus flancos la inscripción roja y blanca: CEPESA. Lo mismo se leía en la caja de dos camiones.

—Dijo que hacía treinta años —declaró el cartero.

Tenía un círculo tumefacto en el pómulo derecho, un círculo que era la señal de un golpe reciente.

—Imposible —replicó Iriarte, el gordo Eufemio Iriarte, propietario de la cantina del muelle. No miraba al cartero, sino, a través de la ventana, al buque que maniobra para atracar—. Nadie pasa treinta años sin recibir una carta, o un folleto de anuncio, o una factura; algo. El correo es el correo.

El cartero era joven, un muchacho de tez oscura y acusados rasgos de mestizo. Vestía blusa blanca y calzones y se tocaba con una gorra azul con galones de oro. La gorra se inclinaba sobre su oreja derecha.

—Él los ha pasado. Treinta años. —Se tocó suavemente el círculo tumefacto—. Fíjate.

—¿Y eso qué?

—Llegué a su choza y no le vi. Llamé a voces. Di unas vueltas. ¡Figúrate, Iriarte! Estaba escondido, espiando a ver lo que hacía. Se me echó encima cuando abrí la puerta de la choza para asegurarme de que no se había muerto dentro. Me atizó. Fíjate. Las pasé moradas para explicarle quién era yo y a qué iba. No quería creerlo. Desconfiaba. Fue entonces cuando dijo que no había recibido una carta en treinta años. Todo el tiempo me tuvo encañonada una carabina. Trata de imaginarlo, Iriarte; yo, con mi sueldo, una carabina apuntándome y el maldito viejo aporreándome las narices. Echa otra cerveza.

Iriarte sacó otra lata de cerveza del frigorífico.

—Pero ¿la carta era para él?

—Seguro. Un sobre abultado, franqueo doble. Las señas escritas a máquina: Celestino Cortada, Huerta Alta, Río Caimán.

—Está loco. —Iriarte dejó la lata abierta sobre el mostrador y volvió a mirar en dirección al buque—. Baja a la población como una vez al año, quizá dos, hace sus compras y sus ventas abriendo el pico lo menos que puede, se larga, y hasta otra. No saluda a nadie, ni siquiera a los viejos que vinieron a esta tierra con él, cuando esto no era más que una porción de selva, infestada de caimanes, culebras y jaguares. ¡Cristo! Allá vive, en su porquería de choza, cultivando sus hortalizas y apacentando sus ovejas, solo como un ermitaño. Esto le sorbe a cualquiera los sesos.

—Me puso la carabina en el estómago —dijo el cartero, probando la cerveza.

—¿Y luego qué?

—Le di la carta y me marché enseguida.

El buque se arrimaba al muelle. Podía verse por la ventana.

Iriarte puso en funcionamiento un ventilador.

—Me pregunto cómo sería Río Caimán hace treinta años. Me pregunto cómo sería Celestino Cortada. El petróleo lo mudó aquí todo. Lo está mudando aún.

—Gracias a Dios.

—Dinero, diversiones, licor y mujeres —dijo Iriarte, pensativo—. ¡No des gracias a Dios, idiota!, dáselas al diablo.

El cartero suspiró. Se tocó el pómulo.

—Fíjate. Yo con mi sueldo, y fíjate.

El buque había atracado. Era una motonave blanca, de quilla plana, ancha de manga, con espaciosas cubiertas, diseñadas para navegar por los bancos de arena del río.

Tendían la pasarela.

En un cobertizo estaba la aduana. En una tosca construcción de plancha ondulada, las oficinas de la Policía. En otra construcción similar, la estafeta de Correos.

El cartero apuró su cerveza, saludó a Iriarte con la mano y abandonó la cantina sin pagar. Saltó a su jeep. Recorrió en éste los pocos metros que le separaban de la estafeta, dejó el vehículo a la sombra y echó a andar perezosamente en dirección al buque.

Los pasajeros, diez en total, andaban en dirección contraria.

Aduana.

Policía.

El calor era bochornoso.

Los mozos negros ofrecían sus servicios con gritos ensordecedores. Otros anunciaban:

—¡Pensión! ¡Hotel! ¡Todas las comodidades!

Repetían el anuncio en una jerga que pretendía ser inglés, y luego de nuevo en castellano.

Los viajeros palidecían al entrar en la atmósfera de horno de las oficinas de la Policía. El sudor les caía a chorros por la cara. Las paredes y el techo de plancha ondulada, recalentados por el sol, no se podían ni tocar.

Trámites. Visados. Sellos.

Johnny Roberts cogió su pasaporte y abandonó las asfixiantes oficinas. Los mozos negros le rodearon, se agolparon a ambos lados y detrás de él, mientras caminaba, parlotando, manoteando.

Se dirigió sin vacilar hacia el microbús del hotel Tropical. El chófer aguardaba junto a la portezuela abierta. No decía nada. No pregonaba nada. Vestía un traje blanco y una gorra blanca con el nombre del hotel. Se hurgaba una oreja con el dedo meñique.

Roberts dijo:

—Tengo una maleta en la aduana.

Lo había dicho en inglés. El chófer le miró sin pestañear.

Lo repitió en pésimo español, y el chófer preguntó:

—¿Su nombre, señor?

—Roberts.

El chófer hizo seña a uno de los negros.

—Roberts. Apúrate.

Dos viajeros más se aproximaban, discutiendo entre sí, la chaqueta al brazo, la camisa empapada en sudor pegada al cuerpo.

Johnny Roberts subió al microbús, tomó asiento y cerró los ojos.

No volvió a abrirlos hasta que el vehículo se detuvo en el patio del hotel, un *building* lleno de pretensiones levantado entre palmeras, barracones y chozas miserables.

Una hora después se había afeitado, duchado y mudado de ropa. Estaba en el bar del hotel —aire acondicionado e instalación de *hi-fi* con un *highball* en la mano—. Por la ventana se distinguía un rótulo que decía: CEPESA.

En aquel momento se sentía satisfecho de sí mismo y de cuanto le rodeaba. Nada absolutamente había visto de la población. No le interesaba. Nada necesitaba ver. Le bastaba con saber que Río Caimán era un lugar donde se multiplicarían sus probabilidades de abrirse camino. No tan fresco, no tan urbano como Chicago, de donde procedía, pero

al fin y al cabo Chicago habíase convertido para él en el infierno, mientras que aquí nadie le conocía.

Sonrió.

Olfateó el *highball* y con el brazo se oprimió el costado. Al hacerlo notó el bulto duro de la pistola que llevaba en la funda axilar; la pistola que había pasado ante las narices de los aduaneros. Un contacto agradable.

Hinchó el pecho.

Había gente en el bar: hombres morenos, vestidos de blanco o ataviados con camisas multicolores; mujeres graciosas, gorditas, de ojos negros y risa fácil. Gente elegante para el país, la crema de la ciudad.

De vez en cuando le miraban. Se sentían curiosos. También se sentían atemorizados, por lo menos intimidados, y reían y hablaban menos si se encontraban cerca de él. Esto halagaba a Johnny. Había advertido hacía mucho tiempo que algo en su aspecto producía una impresión de fría dureza; algo, quizá su actitud desafiante y altiva, quizá la mirada acerada de sus ojos o el rictus sardónico de sus labios. En los medios que frecuentara en Chicago había muchos como él, pero fuera de aquellos medios su tipo constituía una novedad; y entre los morenitos de Río Caimán más novedad aún.

El hombre que finalmente le interpeló no era un morenito como los otros. Era alto, uno ochenta y cinco o así, y ventrudo, pero ventrudo a la manera de los luchadores de *catch*, abdomen y tórax una sola masa de músculos como el granito. Ligeramente calvo. Tenía un rostro enérgico y malhumorado, cejas selváticas, ojos que miraban de frente, bigote poblado, mandíbula azulada por la barba recia.

—¿Forastero? —preguntó con forzada amabilidad.

Varias personas miraron hacia allí.

Roberts contestó a la obvia pregunta con un movimiento de cabeza.

—¿Viene de los Estados Unidos?

Nuevo asentimiento silencioso.

El hombre sonrió en un esfuerzo por romper el hielo que envolvía a Roberts como una coraza. Dijo en correcto inglés:

—Soy Juan Valverde, jefe de Policía de Río Caimán.

El norteamericano le miró por encima del borde de su vaso.

—¿Sí?

—En mis horas de servicio solamente. —Era una indicación de que la conversación tenía carácter privado—. ¿Estará aquí muchos días?

—Los que convenga.

—Ya. ¿Le dijeron antes de venir lo que pasa en Río Caimán con los gringos?

Roberts preguntó a su vez:

—¿Es usted el responsable de que a los recién llegados se les atienda en esa pocilga del muelle?

La sonrisa del jefe de Policía se enfrió.

—Parece usted amigo de bromear.

—Se equivoca. No bromeo nunca. Ni tampoco hablo con desconocidos cuando no me apetece.

Juan Valverde frunció el entrecejo.

—Debieron decirle lo que pasa aquí con los gringos, señor Roberts. Debieron decirle que tienen pocas simpatías en Río Caimán.

—Así que usted sabe que me llamo Roberts.

El jefe de Policía iba a replicar cuando alguien se le anticipó:

—Bienvenido, muchacho.

Johnny se volvió para ver quién le hablaba, e inmediatamente se puso en guardia. Un hombre alto, elegantemente vestido con un Palm Beach azul, le miraba sonriendo. Aunque se acercaba a la cuarentena no se veía en su cabello rubio y rizado una sola hebra gris. Su sonrisa era a primera vista franca, pero había en su cara un reflejo de crueldad, de audacia, de inteligencia, que indujo a Johnny Roberts a

pensar que se encontraba ante un hombre en muchos aspectos peligroso.

Indudablemente, además, el hombre era norteamericano.

—Supongo —dijo Johnny lentamente— que será una costumbre local colocarle cualquier disco al tío que viene de fuera, con el pretexto de la cortesía. Les ruego que prescindan conmigo de esa costumbre.

El norteamericano se echó a reír.

—¿Me acepta una copa si no hablo? Mi nombre es Jerry Colton.

—El jefe de Policía le dirá que el mío es John Roberts.

Johnny miró al aludido al pronunciar estas palabras. Le sorprendió observar que Valverde había perdido parte de su aplomo, que se mostraba confuso y seguía nerviosamente con la punta de la lengua el borde inferior de su bigote.

Enarcó las cejas.

¿Por qué confuso y nervioso? ¿Acaso porque Colton había oído lo de que los gringos tenían pocas simpatías en Río Caimán?

¿Y qué?

Jerry Colton repitió con la cabeza inclinada:

—¿John Roberts?

—Un nombre como tantos. ¿O existe algún motivo para que no le parezca vulgar?

—No lo sé. ¿Existe?

Johnny siguió la mirada de Colton y la halló fija en un punto de su chaqueta. En el punto donde se marcaba el bulto de la pistola.

—Aquí no.

—Pero las distancias no cuentan para los modernos medios de información, muchacho. ¿Qué me dice?

—Pregúntele al jefe de Policía.

Valverde carraspeó.

—Los aires de Río Caimán suelen sentar mal a los fanfarrones. Discúlpeme, señor Colton. Tengo que marcharme.

Colton le detuvo con un ademán.

—¿Ha ocurrido algo entre ustedes, don Juan? —preguntó en castellano—. ¿Ha hecho el muchacho algo reprochable?

—Ser como es —dijo el jefe de Policía.

Se alejó.

—No necesito padrinos —declaró Johnny fríamente.

Jerry Colton le miró durante unos segundos entornando los párpados.

—¿Puedo preguntarle a qué ha venido a este rincón del mundo?

—Ni yo mismo lo sé.

—¿Busca trabajo?

—Es posible.

—¿En calidad de qué? ¿Qué es usted, muchacho?

—No diga que no lo sabe.

—Supongamos que no. ¿Qué es?

Johnny dijo articulando las palabras:

—Una pistola de alquiler.

Los concurrentes, hombres y mujeres, proseguían sus conversaciones, bebían, reían, abatían sobre el mostrador los cubiletes de dados. Parecían ocuparse de sus propios asuntos, pero Johnny notaba que no era así. En el fondo no era así. Una parte de la atención de aquellas personas estaba pendiente de Colton y de él. Pendiente casi con ansiedad.

Sabía que no podía ser por él mismo, por un simple extranjero recién llegado. Tenía que ser por Colton.

¿Quién era Colton?

A los ojos de éste asomó una luz burlona.

—Ha llegado usted, si no me equivoco, en el barco de esta tarde, de modo que no conoce la ciudad. Bien. Vaya luego al centro y pregunte por el Salón Vanidades. Me encontrará allí esta noche, y prometo que habré pensado en usted. Creo que tengo un empleo que le conviene. Ahora he de marcharme. Hasta la vista.